

**El compromiso socio-ambiental del cristiano como praxis del sacramento de la  
Eucaristía.**

José Ulises Orjuela Gómez.

Trabajo presentado como requisito para optar al título de Teólogo.

Universidad Santo Tomás.

Facultad de Teología

Bogotá

2024

**El compromiso socio-ambiental del cristiano como praxis del sacramento de la  
Eucaristía.**

José Ulises Orjuela Gómez.

Asesor:

Camilo Alfonso López Saavedra

Trabajo presentado como requisito para optar al título de Teólogo.

Universidad Santo Tomás.

Facultad de Teología

Bogotá

2024

## Resumen

Hablemos del cuidado de la casa común, una realidad tan importante, en boga en nuestros tiempos; decir casa común, es decir, Tierra, animales y plantas; único lugar donde es posible nuestra existencia; espacio maravilloso de encuentro con los hermanos, con la creación y, ante todo, lugar perfecto de encuentro y comunión con Dios. El cuidado de esta madre tierra, que nos provee de alimento, de oxígeno y agua indispensables para nuestra existencia, no es una obligación o función de algunos que cuentan con más posibilidades económicas o con recursos para ello. Como expresión concreta de nuestra fe, es tarea de todos, el ser cristiano y celebrar los sacramentos, nos compromete cada día, al cuidado de los hermanos y nos pone de frente a las necesidades del entorno. Los sacramentos entonces, al tiempo que nos hacen ser comunión con Cristo el Señor de quien proceden, nos alientan a ser servidores del entorno, a gustar de los bienes de la tierra y protegerlos, procurando su sostenibilidad en el tiempo, con el objetivo preciso de entregar a quienes vienen detrás nuestro, un mundo bello y a quienes con el ejemplo y el testimonio se les invitará a hacer lo propio.

**Palabras clave:** Tierra; Cuidado; Sacramentos; Vida.

## Contenido

|                                                                      |    |
|----------------------------------------------------------------------|----|
| Resumen.....                                                         | 3  |
| 1. Introducción.....                                                 | 5  |
| 2. Desarrollo del tema.....                                          | 6  |
| Preliminares.....                                                    | 6  |
| 2.1. Planteamiento del problema. ....                                | 6  |
| 2.2. Justificación:.....                                             | 6  |
| 2.3. Objetivos .....                                                 | 7  |
| 2.3.1 Objetivo General.....                                          | 7  |
| 2.3.2 Objetivos Específicos: .....                                   | 7  |
| 2.4 Método teológico latinoamericano.....                            | 8  |
| 3. Capítulo I Compromiso socioambiental. ....                        | 10 |
| 4. Capítulo II Eucaristía y medio ambiente. ....                     | 16 |
| 5. Capítulo III Una praxis eucarística. La relación Dios-hombre..... | 24 |
| 6. Conclusiones.....                                                 | 32 |
| 7. Referencias .....                                                 | 36 |

## 1. Introducción

Se habla regularmente del cuidado de la tierra, de las apuestas en pro de la naturaleza, se habla incluso de campañas que buscan minimizar la contaminación del medio ambiente, con el fin de contribuir a un mejor aprovechamiento de los residuos por medio del reciclaje, en fin, la lista puede hacerse larga, “las reflexiones teológicas o filosóficas sobre la situación de la humanidad y del mundo pueden sonar a mensaje repetido y abstracto si no se presentan nuevamente a partir de una confrontación con el contexto actual, en lo que tiene de inédito para la historia de la humanidad” (Pérez, 2020, p. 21) pero; ¿es acaso una tarea laica, ésta del cuidado del medio ambiente? Y debemos responder enfáticamente que no, debe ser un compromiso que emana del ser personas humanas, hombres y mujeres con facultades y aptitudes que pueden ponerse al servicio del entorno. Pero aún más importante es reconocer que el cuidado de la casa común, el cuidado de éste planeta perfectamente diseñado para nuestra subsistencia, es compromiso ineludible del cristiano, del que cree en el Señor Jesús, se apasiona por su proyecto de amor y decide seguirlo, tomando su cruz.

Cuidar la Tierra, las plantas, los animales, cuidar a los demás, debe ser la expresión práctica de aquello que se dice creer, es incluso, la forma de lo que en nuestra mente y corazón consentimos y a la que nos adherimos, la realidad del Evangelio. Jesús de Nazaret, se preocupó en su tiempo por la promoción de las personas, por dignificar aquellas que eran excluidas, rechazadas, menospreciadas y lo hizo, acercándose, inclinándose para luego incorporar a aquellos que no podían hacerlo, y sus signos, propios de su entorno y de su cotidianidad, están cargados de numerosas referencias a elementos de la naturaleza. Hoy en día, los sacramentos, expresión de la acción de Cristo en la Iglesia, contienen los elementos de esta madre naturaleza y los transfiguran, dicho en mejor manera, los transforma en ofrenda agradable al Padre por la acción del Espíritu Santo. Somos entonces, las manos de Dios en el acontecer de nuestros días, las manos que buscan hacer bien, no solo a los otros sino a aquellos seres vivos que en comunión armónica coexisten y conviven con nosotros en el planeta, y sin los cuales no sería posible vivir.

## **2. Desarrollo del tema.**

### **Preliminares.**

#### **2.1. Planteamiento del problema.**

El cuidado de la casa común, como lo ha planteado el papa Francisco, es una necesidad imperante en la actualidad y como miembros de la comunidad creyente no es posible apartarnos de esta necesidad, no podemos dar un “rodeo” sobre esta llaga de nuestra tierra y seguir de largo. reconozcamos que “El clima es un bien común, de todos y para todos. A nivel global, es un sistema complejo relacionado con muchas condiciones esenciales para la vida humana.” (Pérez, 2020, p. 24) y, el cristiano, el creyente, el discípulo del Señor Jesús tiene que ser una persona que se preocupa -además del otro- por su entorno, por la creación misma que le ha servido de cuna y que es su casa, su hogar, su vida, pues sin ella no es posible la existencia. Encontramos entonces un problema que es común a la humanidad pero que como creyentes estamos llamados a abordar con los ojos del mismo Cristo “quien pasó por el mundo haciendo el bien” (Biblia de Jerusalén, 2009, Hch 10, 38)

Al pensar en lo anterior, pueden surgir diferentes interrogantes: ¿Qué acciones significativas tiene la Iglesia y en particular cada creyente para mejorar la situación actual de la tierra? ¿Hay una conciencia real del daño de la tierra que está ocasionando problemas en la vida de las personas? Y la respuesta a estos y muchos otros interrogantes se debe extraer de la praxis sacramental, es decir, de la consecuencia emanada de la recepción de un sacramento comunal, una consecuencia que debe desencadenar un sin número de acciones concretas y significativas con el fin de transformar el entorno, de entregar a quién viene detrás, el mejor espacio posible para vivir y desarrollar los proyectos que como persona tiene. La pregunta central de esta investigación es la siguiente:

¿Cómo la recepción y vivencia del sacramento de la Eucaristía impulsa en el creyente el compromiso de cuidar la casa común?

#### **2.2. Justificación:**

Veo necesario mencionar el contenido del título que motiva esta reflexión y, tengo que partir de unos presupuestos básicos, aquellos mismos que motivan a los cristianos a creer, esos, que en cada momento los llevan al templo para celebrar con la comunidad los acontecimientos de la vida cotidiana; es decir, los sacramentos.

Los sacramentos en la vida de la Iglesia, forman en sí mismos, un conjunto que se equipara a las etapas del desarrollo de la persona, nacimiento, niñez, adolescencia, entre otros y capacitan al creyente para enfrentarse a la vida, brindándole la seguridad de la presencia de Dios en las bendiciones y gracias que por ellos concede. Pero, ¿actúan en sí mismos como algo mágico? Los sacramentos confieren la Gracia, pero exigen de quien los recibe unos presupuestos mínimos y un compromiso para que puedan causar el efecto que proponen: la salvación. Cada creyente, receptor de los sacramentos se compromete con estos a un cambio sustancial en su vida, a moldearse según el querer del mismo Cristo de quien proceden y a quien tiende el cristiano. El compromiso de quien dice creer tiene que verse entonces reflejado en su vida, debe expresarse en acciones concretas, no solo en su forma de pensar y su espiritualidad, sino en actitudes bien precisas que procuren el bien propio, de la comunidad, del ambiente, del otro. De lo anterior entonces podemos decir que: sacramentos es igual a vida plenamente humana/plenamente divina.

Una vida humana/divina, llevada de la mejor manera, tiene que expresarse en un deseo intenso de sanar las heridas de la tierra que “clama por el daño que le provocamos a causa del uso irresponsable y del abuso de los bienes que Dios ha puesto en ella” (Laudato Sí, n. 2) esas que por años se han ido enconando dolorosamente y que vemos reflejado en el cambio climático, en el desorden social que pretende y busca solo proponer y exaltar los derechos, dejando de lado los deberes, las obligaciones para con la casa común como lo expresa el Papa.

Por último, queda decir algo sobre el sacramento de la Eucaristía en particular. En la definición más práctica y común que podemos brindar, situamos la Eucaristía como el sacramento fuente y culmen, pues es Cristo mismo quien se sacrifica y entrega dándonos la posibilidad de que en Él, seamos comunión, es decir, familia, miembros del mismo cuerpo como lo afirma san Pablo. Es precisamente desde la categoría comunión y su significado para la praxis cristiana, que parte la presente investigación.

## **2.3. Objetivos**

### **2.3.1 Objetivo General**

- Identificar la importancia del compromiso socio-ambiental del cristiano en relación directa con la práctica sacramental Eucarística, como expresión orante y actuante que transforma.

### **2.3.2 Objetivos Específicos:**

- Explicar los problemas socioambientales dados en el contexto latinoamericano y su afectación a las comunidades.

- Comprender las implicaciones del Sacramento de la Eucaristía en la transformación de la casa común.
- Expresar la vinculación Eucaristía-compromiso socio-ambiental que contribuya a dar sentido a la vida sacramental mediante acciones significativas para el cuidado de la casa común en nuestro contexto latinoamericano.

## **2.4 Método teológico latinoamericano.**

El avance que tiene nuestro tiempo se desarrolla a toda marcha y no lo hace precisamente en todos los campos, más bien, hay algunos que toman la delantera: “El mundo de hoy vive una profunda y acelerada transformación socio-cultural. Pero ella no se opera uniformemente, sino que por sus realizaciones y efectos ha diferenciado países y regiones a través del planeta” (Gutiérrez, 2005, p. 43) esta cita nos expresa con claridad, como Gutiérrez hace una lectura de la realidad de desigualdad en muchos aspectos, es evidente que, el desarrollo en el mundo se ha ido gestando por partes, dando origen a aristas que ocasionan problemáticas cada vez más diferentes, es justamente ante esta realidad tangible que la teología debe dejarse moldear y decir algo significativo que procure el bienestar común. Añade este autor, que: “los logros de la humanidad son acumulativos al mismo tiempo que los efectos de estos” (Gutiérrez, 2005, p. 43) es decir, todo acontece en un proceso necesario pero que debe ser analizado constantemente para lograr así, corregir aquellos puntos por mejorar y potenciar los que se evidencian como positivos, es este el crecimiento de una sociedad.

Debemos partir sin lugar a dudas, de una nueva visión teológica nacida en nuestras tierras latinoamericanas como respuesta a la apertura eclesial propuesta en el Vaticano II: la teología de la liberación. Esta teología, propende por el pobre, el vulnerable, el marginado; es decir, aquel que socialmente ha sido relegado y muchas veces oprimido por un sistema absolutista, social y eclesialmente hablando; liberación significa que la teología es apenas el comienzo de un camino largo por recorrer, un proceso extenso que Boff retiene como necesario en cuanto al mundo y sus relaciones. Pero no es solo una visión del pobre, es más bien la dignificación del mismo y su revalorización como persona e hijo de Dios. Es precisamente, esta dinámica de filiación divina, la que provee al hombre de capacidades y valores de vital importancia en la construcción del Reino de Dios. El reconocimiento como hijos de un Dios amoroso que se acerca para caminar con ellos, permite al creyente mirar al mundo con ojos nuevos, aquellos que brindan esperanza y nuevas oportunidades para que todos encuentren el sendero justo que los lleva a la felicidad. Para lograr esto, es necesario un proceso de liberación,

de soltar aquello que nos ata, liberación “de todo aquello que limita o impide al hombre la realización de sí mismo” (Gutiérrez, 2005, p. 52).

Pero este sendero, debe ser transitado con sumo cuidado, no porque represente peligro en sí mismo, más bien, este peligro es el deterioro del mismo que imposibilita a nuevas generaciones hacer este camino con la mayor naturalidad. ¿Sendero?, ¿camino? Sí, la existencia misma del ser humano es un caminar, un trasegar por la historia y este recorrido tiene lugares y espacios concretos por los cuales se realiza, ¿Cómo camino por la vida? ¿soy consciente de mi responsabilidad con este entorno? En el marco de estos dos últimos interrogantes podemos situar nuestro tema de reflexión, el cuidado de la casa común, esa porción pequeña que cada uno habita y que en comunidad (conjunto) constituye una gran masa de tierra y agua llamada planeta.

Aquí, la teología de la liberación, con su método de “ver” es decir, ensanchar la mirada para reconocer la realidad del planeta y el descuido sistemático por parte de industrias y gobiernos, pero sobre todo el descuido de cada persona de su espacio pequeño, mínimo vital, se atreve a “juzgar” haciendo un análisis a conciencia de lo qué se hace y deja de hacer en pro del cuidado del medio ambiente, juzga además, cuando interpela a cada creyente sobre su compromiso en este cuidado, que debe derivar de su opción por Cristo, es decir, de su camino de conversión. Por último y no menos importante se encuentra el “actuar” que es la consecuencia de ver, reconocer e interpelar, pues, tomando lo anterior como base propone acciones concretas, significativas que procuren bienestar. El actuar se deriva directamente del mismo seguimiento de Cristo.

En resumen, el método es el círculo hermenéutico entre la vida y la Palabra de Dios: leer la Palabra a la luz de la vida, volver a la vida a la luz de la Palabra. La auto-manifestación de Dios a través de la escritura y en la Palabra hecha carne, es la expresión más grande del amor divino y compromete al creyente a dar una respuesta que no es una obligación sino, consecuencia de este magnífico amor. La escritura en los dos testamentos refleja innumerables veces la opción misma de Dios por el más desfavorecido y denota acciones precisas que contribuyen a mejorar estas realidades, queda al creyente, a aquel que decide apasionadamente seguir al Señor hacer lo propio por sus semejantes y por la creación misma, como único lugar en el que es posible esa interacción con los otros.

La casa común, podríamos decirlo, relejendo al Papa Francisco, es el mejor lugar, en el que podemos ser personas con todo lo que ello implica y en el que es posible la exigencia

evangélica de caridad fraterna. Por tanto, es indispensable el cuidado de nuestra tierra, los ríos, mares, boques, montes y colinas, armónicamente creados por el hacedor de todas las cosas, propician espacios maravillosos que son expresión de cielo en nuestro mundo. ¿Cómo hacer esto posible? Gustavo Gutiérrez relee el éxodo en nuestros tiempos y lo propone como necesario para la nueva creación; Dios, no libera a Israel para dejarlo a la deriva, más bien, lo conduce y comienza con ellos un camino precioso de amor recíproco: la Alianza. Así mismo, en nuestro tiempo, es necesario un proceso liberador de las opresiones actuales (hambre, pobreza, discriminación, deforestaciones, descuido del medio ambiente entre otros) para que así, como el mismo Jesús lo hacía, pasando a la otra orilla, podamos sentirnos resucitados y vivificados en Él, propiciando a los demás y al entorno, ambientes de paz y alegría renovados.

Los cristianos comprometidos con su quehacer, se convierten en miembros activos del cuerpo místico de Cristo. Se deben resaltar las formas con las que los creyentes hacen efectivo su actuar en el mundo y estas se desprenden de los sacramentos, que son la acción de Cristo en la Iglesia y confieren la gracia que, a su vez, capacitan a quien la recibe para cumplir la misión misma de quien proceden en cuanto a regalos divinos; es decir, le dan al creyente, las herramientas necesarias para transformar su vida y su entorno, propiciando un ambiente de eternidad en su cotidianidad. Esto, es el actuar del creyente, la tercera fase del método, la acción significativa que transforma y eleva hacia Dios la humanidad y la tierra transfiguradas.

### **3. Capítulo I** **Compromiso socioambiental.**

En la actualidad, asistimos a un cambio gigantesco de pensamientos y acercamientos en todos los ámbitos a nivel social; las ciencias humanas, exactas y experimentales, se reelaboran constantemente con el fin de definirse y delimitar su campo de acción, no es una pretensión de separación unas de otras, más bien, el deseo de ensanchar sus capacidades de decir y hacer algo nuevo o al menos renovado. La sociología, la psicología y en nuestro caso, la filosofía y la teología, tienen algo nuevo que decir, algo que puede contribuir al cambio en la forma de pensar y sobre todo de vivir de los seres humanos. Nos ponemos de frente a un concepto que más que eso es una apuesta por un cambio; la ecología integral. Como un nuevo paradigma de justicia, una ecología que integra el lugar específico del ser humano en este mundo y sus relaciones con la realidad que le rodea. De hecho, no podemos "considerar la naturaleza como algo separado de nosotros o como un mero marco de nuestra vida" (Francisco, *Laudato Si'*. n. 139).

Existe un vínculo entre las cuestiones medioambientales y las sociales y humanas que nunca se podrá romper. "Hoy el análisis de los problemas ambientales es inseparable del análisis de los contextos humanos, familiar, laboral, urbano y de la relación de cada persona consigo misma" (Francisco, 2015, p. 130) Leonardo Boff en 2015, llama a esta encíclica de Francisco "la carta Magna de la ecología integral" y alaba el hecho, que el papa por primera vez en la historia abordase integralmente el tema ecológico, no como un asunto de fe, más bien en su celo de pastor expresa la preocupación por cuánto acontece a la naturaleza en la actualidad. Pero, ¿qué incidencia tiene en el tema que nos proponemos en este escrito? Sin lugar a dudas, podemos decir que la ecología integral exige a los seres humanos un proceso de concientización respecto del daño en la tierra, en el entorno, en la creación. El ser humano, el creyente, el cristiano en modo especial, debe sentirse responsable de aquel mandato divino expresado en el Génesis: "Y bendíjolos Dios, y díjoles Dios: Sed fecundos y multiplicaos y henchid la tierra y sometedla" (Biblia de Jerusalén, 2009, Gn 1, 28). Un mandato claro que no significa opresión sobre la tierra y derroche de sus recursos, más bien una invitación responsable a gestionar a la manera de Dios los recursos provenientes de ella para el bien propio y de las generaciones futuras. Además, la relación del hombre con sus semejantes y con la naturaleza debe ser expresión tangible de aquella relación de amor con el Dios que lo creó. El Papa es enérgico en delimitar un problema gigante en la actualidad; el individualismo, ese mismo que se preocupa solo de la satisfacción y el goce de uno mismo, dejando de lado el mismo mandato evangélico de "amar" pero no se limita o agota en una condena a este individualismo, lo supera e invita a respetar lo que de Dios se ha recibido y el compromiso común por la construcción de su Reino en la tierra. Todos estamos invitados a reflexionar sobre las consecuencias de nuestros comportamientos, pues nunca son privados, más bien, implican a otros, es decir, nuestras acciones se relacionan con los demás y con la tierra.

Siguiendo con *Laudato Si'* nos ponemos de frente a lo que en ella se define como "ecología integral" es decir, una ecología que, ve cómo todo está relacionado y nada permanece aislado y todo lo que se produce en lo uno encuentra su eco en el todo, mientras que el todo se refleja de algún modo en lo uno. Es, por tanto, una visión holística de las cosas, es decir, integral, plena. podemos entonces delimitar cinco puntos respecto de esta ecología integral.

- Ecología ambiental, económica y social. No existen crisis diferenciadas, es decir, social, económica o cultural; son una única crisis que del mismo modo debe ser leída, abordada y con esfuerzo superada, es así que la ecología atañe y toca al ambiente en primera medida,

pero también el aspecto económico y social, somos un todo con la tierra y con ella debemos transfigurarnos

- Ecología cultural. “Junto con el patrimonio cultural, hay un patrimonio histórico, artístico cultural, igualmente amenazado” (Francisco, Laudato Si’. n. 143). Definamos a la luz de esta cita de Francisco la palabra ecología, como un deseo profundo, desde las entrañas, por cuidar, por salvaguardar; a este punto, ecología cultural es el deseo interno, más puro por cuidar y embellecer la misma cultura como parte integrante de la sociedad.
- Ecología de la vida cotidiana. Aquí podemos pensar en un término importante según Francisco, la “conversión ecológica” digamos entonces que esta conversión nos lleva a sentir la ciudad, nuestra cotidianidad con todo lo que ello conlleva, como casa, como hogar; al pensar y sentir nuestra cotidianidad como propia y necesaria para un auténtico desarrollo como personas y sociedad, pondremos el mayor esfuerzo en que ella -la cotidianidad- sea algo bello y con el resplandor de cielo necesario para mitigar tanta oscuridad en el entorno. La ecología integral embiste también la vida cotidiana
- El principio de bien común. La ecología integral no puede separarse de la noción misma de bien común (Francisco, Laudato Si’. n. 156), pues es precisamente en el reconocimiento y respeto del otro que se puede hacer posible la perfección evangélica, aquella que se da en comunidad, como Iglesia, es así que, es importante tener presente que este bien que no es privado, requiere compromiso de todos para mantenerlo bello y accesible a la comunidad que en conjunto procura también su cuidado.
- La justicia entre las generaciones. “¿Qué tipo de mundo queremos dejar a quienes nos sucedan, a los niños que están creciendo?” (Francisco, Laudato Si’. n. 160) es la pregunta que el papa se hace y a la que quiere dar respuesta llamando la atención al hacer conciencia sobre lo que estamos legando a las generaciones futuras, y no precisamente se habla de un futuro lejano, basta con mirar a aquellos pequeños que crecen en nuestra historia actual, con aguas contaminadas, alimentos manipulado y cada vez menos sanos que causan en ellos daños que en un futuro más bien cercano menguarán su calidad de vida. Justicia es pues, luchar porque estas generaciones cercanas y no tanto, puedan gozar de un entorno magnifico y agradable

Podemos entonces decir qué, Ecología integral es aquella que integra, que hace posible una comunión entre partes diferentes de un entorno, mira a su alrededor y es capaz de asumir la diversidad sin menospreciarla o anularla ni siquiera oprimirla, sino que hace propias las realidades circundantes para reconstruir un nuevo significado de entorno teniendo como fundamento inquebrantable la comunión que emana del ser cristiano. Una

ecología integral, que aboga por el cuidado común y el crecimiento recíproco, no puede ser egoísta ni pretender elaborarse sola. Y aquel que se hace llamar creyente, ¿qué responsabilidad tiene con la creación? Para responder a este interrogante necesariamente tenemos que volcar la mirada hacia la Sagrada Escritura:

“Tomó, pues, Yahvé Dios al hombre y lo dejó en el jardín de Edén, para que lo labrase y cuidase” (Biblia de Jerusalén, 2009, Gn. 2,15)

Este texto precioso del libro del Génesis, nos pone frente a lo que es el querer Divino respecto del hombre y Edén (que podemos llamar nuestra casa) Yahvé Dios, como dice el texto sagrado, luego de haber hecho de forma admirable todas las cosas, terrestres, celestes y después de crear al hombre, lo planta en medio y le invita para que se haga cargo y gestione todo cuanto ha sido creado. El hombre puede apreciar maravillado el correr de las cascadas, ríos y mares, los animales y plantas que en ellos encuentra, el aire que pasa como una brisa suave y lo refresca y a su vez sacude los árboles y permite el vuelo de las aves, la tierra, de la que brotan las plantas comestibles y curativas y en la que puede compartir su existencia con otras especies en una simbiosis hermosa. Es precisamente este contexto en que podemos responder a la pregunta propuesta anteriormente; la persona creyente, aquella que ha optado por creer en un Dios amor, quien ha decidido adherirse a su proyecto y así conocer y cumplir su voluntad, está, inevitablemente, comprometida en el cuidado de aquella armonía primigenia, es consecuencia directa de su opción el empeño por labrar y cuidar la tierra como lo expresa el texto del Génesis. Podemos decir entonces: cristiano-creyente es igual a decir mayordomo-del Reino de Dios.

Pero, Francisco expresa que esta “Hermana (la tierra) clama por el daño que le provocamos a causa del uso irresponsable y del abuso de los bienes que Dios ha puesto en ella” (Francisco, 2015, p. 5) al leer estas líneas al comienzo de la encíclica *Laudato Si'* nos topamos de frente a una realidad innegable y evidenciada desde hace años por la ciencia; El daño ambiental. Continúa el papa diciendo que, crecimos con la convicción que esta naturaleza, esta tierra tan rica y apetecible, es nuestra, más aún; mía. El egoísmo y el egocentrismo tan arraigados en cada persona han causado un desinterés por toda forma de alteridad cualquiera que esta sea (personas, animales, plantas, cosas) exaltando al ser humano como dominador y único señor de todo. Y no es que el egoísmo en sentido estricto sea una condición negativa de las personas, Hobbes, por su parte, sostiene que los seres humanos por naturaleza son egoístas, pero que viven en sociedad, por consiguiente, es necesaria la adhesión a unas normas básicas para controlar ese egoísmo. El egoísmo exaltado con ahínco se hace dañino y rompe la armonía que la sociedad propone por medio de las normas, es este el caso del daño causado a la

naturaleza. El hombre se ha sentido y promulgado de muchas maneras como superior por la supuesta capacidad de razonar, se ufana de las múltiples cualidades que como raza posee y se impone a las demás especies en un deseo arrollador de grandeza, propicia con sus acciones más que con sus omisiones los graves daños causados a la madre tierra y luego es capaz incluso de culparla por las consecuencias de sus propias acciones.

Los bienes que el mundo posee para el servicio del hombre, para su uso y beneficio, brindan la oportunidad precisa de crecer como persona. “La finalit  naturale dei beni terreni   quella di essere utilizzati perché l'uomo possa condurre una vita serena”. (Dell’Agli, 2004/2012, p. 85) Haciendo una traducción personal de esta idea se puede decir que: el hombre tiene a su disposición los bienes materiales con el único objetivo de encontrar paz en su propia vida. Pero,  es posible encontrar dicha paz en las preocupaciones hodiernas sobre el daño ambiental, las catástrofes naturales, el efecto invernadero, los cambios abruptos de clima, entre otros? Sin duda alguna, no. La vanagloria ha convertido al hombre en un cautivo de sí mismo, lo tiene atascado en sus propias pretensiones y le impide moverse con naturalidad, pues se encuentra además sumergido en lo que Francisco llama un depósito de porquería. El aire, el agua y los recursos terrestres se han deteriorado a tal punto que se están convirtiendo en verdaderos cúmulos de desechos que enferman y matan. “ Por qué me hieres?, grita el árbol a las hachas, secando mi alma como se secan los ríos, los animales ya muy pocos y escondidos, huyen las aves porque tumbaron sus nidos; a nuestra tierra hay que salvarla, necesitamos amor que se depongan las armas” estas palabras de una canción del dueto colombiano Silva y Villalba, expresan el grito de clamor de la tierra, un grito fuerte y muchas veces estruendoso que se traduce en desórdenes en los procesos naturales del clima y las cosechas, así como en los graves problemas de sostenimiento de las especies en sus hábitats, que ya no son tan naturales. Este grito de la tierra herida gravemente, aunque fuerte, ha sido opacado por otros ruidos más exquisitos e interesantes, aquellos de las monedas que chocan entre sí, aquel ruido de las industrias que ante las miradas mudas de muchas personas acaban con todo para conquistar una riqueza que perderá su valor cuando no haya donde poder disfrutarla, pues la tierra se acaba. Un interrogante recurrente nos llega,  tienen que ver los cristianos con todo esto? Por supuesto, por su ser de creyentes, de hijos de Dios y hermanos entre sí, están en la obligación que emana del sentirse amados por el creador, quien ha propiciado el mejor de los mundos para que puedan existir. Es decir, Dios ha presentado ante el hombre el fruto de su amor, la creación entera y la ha puesto en sus manos como su bien más precioso, pues en ella y solo en ella es posible que se viva la verdadera comunión, esa que brota como un torrente

limpísimo y riega cada rincón de Edén. Con esto, como premisa, la responsabilidad de todo ser humano y en el caso de esta reflexión, del bautizado creyente es enorme, puesto que al tiempo que debe preocuparse por mantener viva la tierra-madre para su bienestar y de quienes con ellos la comparten, están llamados insistentemente a dejar a las próximas generaciones esta misma tierra productiva y capaz de sostenerlos, del mismo modo, están en la obligación moral de enseñar y transmitirles los conocimientos y aprendizajes necesarios para que ellos, quienes deben poblarla más adelante continúen la obra creadora de Dios en sus manos.

Laudato si' en su numeral 46 nos hace un elenco de algunas complicaciones actuales, realidades como el conflicto armado, las drogas, los avances industriales que malgastan recursos naturales, entre otros, evidencian que el desarrollo de al menos dos siglos de la historia humana no ha sido integral, pues se han enfocado esfuerzos en unos pocos aspectos dejando de lado otro de no menor importancia, La tierra. El mundo corre a gran velocidad en un esfuerzo frenético por desarrollar nuevas tecnologías, lograr, crear y muchas veces manipular vida, ubicar espacios nuevos fuera de la tierra donde sea posible la habitabilidad, pero se nos ha olvidado levantar un poco la mirada ensimismada y apreciar el entorno aquel que aún es posible admirar y deleitarse en él. Nuestra casa está herida, sangra y llora por un consuelo que se hace esperar, entre sollozos y lágrimas, quiere hacerse escuchar, nos demuestra de muchas formas que necesita ayuda, que no puede curarse ella misma y es necesaria una intervención de quienes con su inteligencia pueden hacerlo, la canción mencionada más arriba continúa diciendo “A nuestra tierra hay que salvarla, necesitamos amor, que se depongan las armas” y es ese el clamor que desde la fe debe oírse, ese que interpela al creyente y le hace caer en cuenta que su entorno pequeño, su casa, trabajo, círculo de amigos, es su responsabilidad, que en ese mínimo espacio de tierra, de sociedad es posible cambiar el mundo, pero es indispensable que cada uno tome parte en la solución del problema.

¿cómo podemos contribuir con ese cambio necesario? Es importante una comprensión precisa de lo que significa el medio ambiente, la ecología que podemos definir de la siguiente manera: “...es relación, inter-acción y diálogo de todas las cosas existentes (vivientes o no) entre sí y con todo lo que existe, real o potencial (...) En una visión ecológica, todo lo que existe, coexiste. Todo lo que coexiste preexiste. Y todo lo que coexiste y preexiste subsiste a través de una tela infinita de relaciones omnicomprensivas” (Boff, 1996/2000, p. 19) para concluir se puede notar en esta cita un cierto espiral qué va involucrando todas las esferas de una sociedad, incluso abarca a seres vivientes o no, como dice Boff, la ecología entonces asume en sí misma la pluralidad y la involucra para la construcción de lo que está por venir que no es

más que aquello mismo que se sucede en este preciso momento y ha sucedido en tiempos pasados. Por consiguiente, el daño que se causa a la tierra y no se repara tiene consecuencias enormes para la continuidad de este espiral.

Es indispensable la conciencia de ese mal que se está causando y el compromiso para curar la herida de modo que, en el futuro próximo y subsiguiente se entregue a otra generación una tierra dispuesta, apta y digna de ser amada, querida y cuidada.

#### **4. Capítulo II** **Eucaristía y medio ambiente.**

Las palabras del maestro en la última cena con sus discípulos “Tomó luego pan, y, dadas las gracias, lo partió y se lo dio diciendo: Este es mi cuerpo que es entregado por vosotros; haced esto en recuerdo mío” (Biblia de Jerusalén, 2009, Lc. 22,19) dan cuenta de una realidad bien precisa, que se puede admirar y a la que, a su vez, es posible acceder por medio de los sentidos; el pan. Y no podemos limitarnos a una mera figura, es importante en este punto, analizar lo que implica ser pan, unido al vino y a otros elementos de usanza en una cena judía. Así entonces, pan, vino, carnes, hierbas, agua, incluso los recipientes y utensilios allí dispuestos en la mesa, configuran una variedad de elementos propios de la naturaleza, representan diversos estadios de la materia y hacen parte del abanico de sustancias químicas que la misma tierra posee. Harina (trigo) levadura (hongo) agua, especias vegetales, la uva, fruto de la vid, los animales que proveen la carne y otras hierbas, contienen en sí mismos elementos físico-químicos que hacen de ellos parte de la tierra, es por ello que podemos decir que la reunión de Jesús con sus discípulos aquella tarde, es expresión de la naturaleza humana y Divina de Cristo quien, por medio de aquel banquete, deja como legado a sus amigos el alimento de salvación que es él mismo; La Eucaristía. El Catecismo de la Iglesia Católica en su número 1323 expresa: "Nuestro Salvador, en la última Cena, la noche en que fue entregado, instituyó el Sacrificio Eucarístico de su cuerpo y su sangre para perpetuar por los siglos, hasta su vuelta, el sacrificio de la cruz y confiar así a su Esposa amada, la Iglesia, el memorial de su muerte y resurrección, sacramento de piedad, signo de unidad, vínculo de amor, banquete pascual en el que se recibe a Cristo, el alma se llena de gracia y se nos da una prenda de la gloria futura" (SC 47). Esta cita nos da cuenta de lo que significa para la Iglesia el sacrificio de Cristo en la cruz, expresado y perpetuado por medio del Sacrificio Eucarístico.

Todo se desarrolla por medio de una comida, un acto tan básico para el ser humano, en ella se evidencian -como ya hemos dicho- elementos que adornan la mesa con el fin de brindar a los

comensales un espacio agradable qué, al tiempo que sacia un deseo, alimenta el cuerpo; pero no es solo un mero acto físico, es la oportunidad precisa de encuentro de los comensales, ya sea familia, amigos entre otros. Es el momento perfecto para entablar y estrechar relaciones humanas fundamentales para la vida misma de la sociedad. Casiano Floristán expresa a su vez que “El acto de comer entraña una comunicación con la tierra, de donde procede el alimento y la bebida” (Floristán, 2005/2005, p. 155) de modo que, no es solo relación humana la que se vive al comer sino una relación directa, estrecha como dirá el autor mencionado, con la tierra, de quien proceden los frutos, en la que viven y crecen al tiempo que se alimentan diversas especies, en una simbiosis perfectamente armónica. Podemos decir entonces que la comida nos relaciona con nuestros pares al tiempo que nos pone en contacto directo con otras especies que existen en el planeta, una multi-relacionalidad indispensable para una vida plenamente humana.

Casiano Floristán, haciendo referencia a lo que significa la comida, el banquete, nos pone de frente a una realidad común a muchas experiencias religiosas, que tiene a este (comer) como una oportunidad perfecta de comunión entre pares y con la divinidad; “En diversas tradiciones religiosas aparece el banquete sagrado como medio de entrar en contacto con la divinidad o de participar en la vida divina.” (Floristán, 2005/2005, p. 158) es así que, comer y beber, es decir alimentarse de productos ofrecidos en culto es garantía de relación con lo divino, indica incluso, asociarse a ello y configurarse con aquello que se ingiere, es decir, estar más unido a la divinidad. El alimento a la vez que nos relaciona con los demás y con la tierra de la que procede, lo hace también con aquello a lo que va ofrecido y consagrado. En el contexto cristiano en la sagrada escritura evidenciamos distintas referencias al alimento con la divinidad. En el primer testamento, Adán y Eva por medio de la ingesta de un fruto, pierden en cierta medida su posibilidad de relación directa con Yahvé; en el desierto, el pueblo de Dios recibe el maná, como alimento que calma su hambre física y aquella espiritual pues los pone en contacto con su Dios que los provee. Y así encontramos diversas menciones de comidas y banquetes como expresión gozosa que son signo de las bendiciones recibidas. En el segundo testamento de la escritura se encuentran también múltiples relatos relacionados entre comida y relación con la divinidad, entre tantos podemos mencionar algunos: en Lucas 15, 22 y siguientes, encontramos el relato del Padre misericordioso, quien al retorno de su hijo, lo recibe con amor y para sellar ese encuentro, luego de ordenar un buen vestido para él, propone un banquete festivo para esta celebración, este texto puede comprenderse como el encuentro de Dios con sus hijos que regresan. Otros textos a considerar en el evangelio, son los de los diversos milagros de multiplicación de alimentos que Jesús hace con sus discípulos (Mt 14, 13;

Mt 15, 32; Mc 6, 31; Lc 9, 10; Jn 6, 1; entre otros) con el fin de saciar su hambre física y de instruirlos proponiéndoles la novedad del Reino de Dios.

La Iglesia, desde los primeros siglos, siguiendo el mandato del maestro en la última cena, se ha preocupado por la elaboración doctrinal y práctica de esta comida, con el fin de hacer presente el sacrificio de Cristo en la cruz, los apóstoles, los padres de la iglesia y los concilios, no han omitido esfuerzos en describir y luego definir solemnemente lo que significa la eucaristía como culmen de los sacramentos y expresión concreta del amor de Dios por la humanidad. Cristo Jesús, el enviado del Padre, por la acción del Espíritu Santo, hace que las ofrendas de pan y vino de la Iglesia se conviertan en su cuerpo y sangre, aliento de salvación para la comunidad creyente. Revisemos una vez más el Catecismo de la Iglesia Católica: “La eucaristía significa y realiza la comunión de vida con Dios y la unidad del Pueblo de Dios por las que la Iglesia es ella misma” (Catecismo. 1325) en este aparatado se expresa claramente como, el binomio Dios-Iglesia coexisten por medio de la acción salvadora de Cristo, perpetuada en el tiempo y la historia por medio de los sacramentos, signos sensibles que confieren la gracia de quien proceden y en modo solemne la Eucaristía, que da vida y fortalece el cuerpo y el alma.

Continuando entonces con la mirada a los elementos que componen el sacrificio eucarístico, veamos como lo expresa a nivel práctico la Iglesia por medio de la celebración misma del sacramento: “Bendito seas, Señor, Dios del universo, por este pan, fruto de la tierra y del trabajo del hombre, que recibimos de tu generosidad y ahora te presentamos; él será para nosotros pan de vida” (*Nuevo Misal del Vaticano II*, 2001, p. 1050) esta plegaria, tomada del misal romano en la parte que da comienzo a la liturgia eucarística, expresa con palabras sencillas la oración elevada a Dios en acción de gracias por los frutos de la tierra que son presentados por la comunidad creyente en persona del ministro ordenado. Pan y vino son los principales elementos que constituyen el sacramento eucarístico, son presentados por el pueblo en cabeza del sacerdote, para que sean ofrenda agradable a Dios.

El pan y el vino en sí mismos, no constituyen un futo de la tierra directamente, se hace necesario un proceso que combina esfuerzos humanos con otros elementos; trigo, agua, levadura y uva. En el caso del **trigo** se requiere, al igual que en el tiempo de Jesús, un proceso de siembra y cuidados respectivos hasta llegar a la cosecha, luego, dispuesto este trigo era rastrillado para separar el grano puro de la paja que trae consigo. El trigo entonces en el contexto de Jesús y los doce, tiene un valor importante, es cultivado en la palestina de entonces y hacia parte fundamental de la dieta judía, incluso, se utilizaba como medio de pago en algunos

procesos económico, es así que un elemento de la tierra, forma parte integral de la vida de un pueblo. “el simbolismo del trigo se manifiesta en el contraste entre la siembra y la cosecha, que corresponde al morir y resucitar” (Floristán, 2005/2005, p. 1563) el evangelio de Juan pone en palabras del maestro de galilea una analogía de la vida del creyente con el trigo: “...si el grano de trigo no cae en tierra y muere, allí queda, él solo; pero si muere, da mucho fruto” (Jn 12,24) es pues, indispensable que el trigo, que cae en la tierra, sufra un proceso químico que lo funde con esta para germinar y dar como fruto una espiga vigorosa llena de grano; el creyente, así como el trigo, cae en el mundo y en medio de él, está llamado a dar fruto, a ser comunión, a convertirse en ese pan que se puede fraccionar con otros. Llegamos aquí a un punto importante: el trigo que ha sido cosechado, molido, mezclado con agua y levadura, es amasado y cocido para convertirse en pan, que como ya hemos dicho forma parte importante de la vida judía, y este pan puesto a la mesa, es *fraccionado*, es decir, partido, despedazado para ser compartido y comido por quienes participan de dicha cena, este elemento los une. Por otro lado, tenemos el **vino**, es necesaria la siembra y el cuidado de la vid. En un viñedo se encuentran una cierta cantidad de vides que son cuidadas, aporcadas y regadas con mucho tino, de modo que, llegado el tiempo de la vendimia pueda recolectarse su fruto; la uva. Esta uva, cuidadosamente seleccionada, es dispuesta en el lagar, con el fin de ser procesada, destruida, exprimida para obtener su néctar, que, dispuesto convenientemente, es fermentado y envasado como vino. Este proceso, igual que el descrito anteriormente con el trigo, hacen parte importante de esta reflexión, puesto que, al ser extraídos de la tierra, estos frutos, son dispuestos por el hombre, de una manera concreta para que se conviertan en lo que se quiere hacer; vino y pan, frutos de la tierra y del trabajo humano que se presentan para que por la acción del Espíritu Santo se conviertan en el cuerpo y la sangre de Cristo, pan de vida eterna y bebida de salvación, como se expresa en los libros litúrgicos.

Digamos ahora algo acerca del **agua**: nos referimos a ese recurso que forma parte importante del planeta, ese que se puede apreciarse al juntar dos moléculas de hidrógeno y una de oxígeno y que es posible encontrar en todos los ecosistemas de la tierra. El agua, forma parte vital en el discurso de Jesús, es un elemento común a su entorno, por la pesca, la elaboración de los alimentos, las cosechas y en los ritos de purificación judíos. Por tal motivo, el anuncio del Reino de Dios, está cargado de referencias al agua y la elaboración sacramental a lo largo de la historia no la ha tenido en menor categoría. Por medio del agua, se renace en el baño bautismal y se da inicio a un camino de incorporación y configuración con Cristo y la Iglesia, siendo parte de esta comunidad que comparte el deseo de vida eterna. Regenera, provee al

cuerpo frescor y limpieza, alimenta, pues su ausencia (deshidratación) en el ser humano, causa debilidad y deterioro en sus funciones físicas vitales, ya que los órganos del cuerpo están conformados en más de la mitad por este líquido vital. El agua también, en los ciclos que lleva a cabo en modo excelso la naturaleza, contribuye positivamente en las cosechas, en el cultivo de especies animales y vegetales, mediante la lluvia, los ríos y mares. En el caso del sacramento de la Eucaristía tiene varios usos según la liturgia misma. En el momento penitencial de la misa, suele usarse mediante la aspersion y representa arrepentimiento y deseo de renovación de las promesas bautismales; más adelante en la liturgia eucarística, el ministro encargado de la preparación de los dones, al poner una pequeña cantidad de agua en el cáliz con el vino dice: “El agua unida al vino, sea signo de nuestra participación en la vida divina de quien ha querido compartir nuestra condición humana” (*Nuevo Misal del Vaticano II*, 2001, p. 1050) nos encontramos aquí con la importancia del agua en la relación directa de la unión de las naturalezas de Cristo, humana y Divina, discutidas ya en los primeros concilios ecuménicos. Es justamente por esa agua, que nosotros participamos de esa vida divina en Cristo mismo.

Podemos también, ver la necesaria participación del agua en la elaboración del pan que se ofrecerá en la misa. El agua, dispuesta en una justa medida, se mezcla con el trigo, escogido, y molido adecuadamente para formar una masa uniforme, es necesario que todo compacte de la mejor manera para que dicha masa pueda ser moldeada y llevada luego al fuego y dar forma al pan que será presentado como ofrenda en el altar y por la acción de Cristo en la Iglesia, ser convertido en el aliento de vida eterna. Luego de este momento y la subsiguiente presentación de las ofrendas, el sacerdote se lava las manos, con agua mientras pide al Señor, sea limpiado de sus culpas y purificado de sus pecados.

Otros elementos que podemos analizar en la eucaristía, son: el **carbón, fuego e incienso**. Elementos igualmente extraídos de la naturaleza y puestos de tal manera que la Iglesia hace uso de ellos en diversos momentos, incluso en la liturgia eucarística. Es entendido en la misa especialmente en el momento del ofertorio como lo expresa el libro del Levítico 16, 12-13: “Después tomará un incensario lleno de brasas de fuego del altar delante del Señor (...) y la nube del perfume cubrirá el propiciatorio” como una oblación que sube con el humo del incienso a la presencia de Dios; Suba mi oración delante de ti como el incienso, expresa el salmista. Así entonces, estos elementos materiales, aunque en sí mismos no son la oblación, complementan el rito mediante el cual, el sacrificio de Cristo perpetuado en la Eucaristía, portador de nuestras ofrendas y oraciones suba como olor agradable a la presencia del Todopoderoso.

Pensemos, finalmente a manera de conclusión, ¿qué relación podemos denotar entre la Eucaristía y el medio ambiente?: el creyente, el cristiano bautizado, portador en sí mismo de una historia precisa, lo es también de un entorno, de una porción de suelo, aire, agua y seres vivos con los que tiene relación directa a diario y que, desprendido de su ser de bautizado está llamado a gestionar de manera responsable, como ya lo hemos dicho anteriormente.

No es posible entonces desligar a la persona en singular de un entorno, tiene su casa, vive, se alimenta, encuentra techo y calor en ella, hace uso responsable -en mayor o menor medida- de los recursos que se han dispuesto para su realización personal, alimentándose, compartiendo con animales de diversas especies y haciéndose cargo de su porción de tierra que le ha sido confiada; pero este ser humano-cristiano, no vive solo estas realidades, lo hace con grupos sociales categóricamente diferentes; en su casa, con su familia comparte espacios y recursos, al tiempo que disfrutan de la compañía y la belleza de la creación por medio de plantas y animales que adornan sus entornos y acompañan los momentos de sus vidas, no es este un compromiso dividido en partes para los que integran el grupo llamado familia, no es que el padre debe ser responsable de un cierto porcentaje del cuidado y la madre de otro y los hijos en menor medida; cada uno, es responsable del cuidado total de su entorno, garantizando el bienestar común. Así pues, padre, madre, hijos y demás miembros de la familia tienen a cura la casa, el aire, el agua, los animales y plantas y los demás recursos naturales y haciendo esta tarea responsablemente, garantizan el bien de la misma familia y del su entorno. Estos miembros de la familia, se ponen en camino cada día hacia lugares diferentes, trabajo, escuela, entornos comunes de socialización como parques, tiendas entre otros y en ellos, del mismo modo descrito en lo que respecta a la casa, tienen la responsabilidad de un cuidado especial de sus entornos, sumado a la procura del bien de los demás mediante sus acciones, incluso de sus omisiones.

En el camino, se encuentran con personas que se movilizan de muchas maneras y que cada uno es responsable de garantizar el bien para ellas, responsables también del correcto uso de los espacios, procurar de la mejor manera un uso adecuado de los espacios, librando de basuras, mitigando la contaminación del aire y de los entornos que se frecuentan, conscientes que este cuidado redundará en bien propio y de los demás, más aún, de las generaciones que están por venir. Pensar y actuar así nos hace más humanos, es decir, más conscientes del origen de nuestra especie, que proviene y se desarrolla en la tierra, en este rico y bello planeta que nos provee y que espera de nuestra parte un cuidado responsable.

Ahora bien, estas personas que provienen de diferentes entornos, casa, trabajo, escuela, la calle, entre otros, confluyen en múltiples lugares más grandes con características que los acogen globalmente. Uno de esos entornos es la Iglesia, casa de todos. El entorno eclesial es uno de los espacios a mi modo de ver, más importantes de la sociedad, pues en ella no solo se entablan relaciones humanas importantes, sino que, por el ideal común de salvación, se proponen diversos espacios de crecimiento personal que influyen poderosamente en el bienestar de la sociedad, espacios y momentos de oración, de formación, de trabajo común, ayudan a la construcción y fortalecimiento de una fe que está viva, una fe que no se queda en el mero sentimiento bello de una plegaria, sino que trasciende las fronteras y las limitaciones de cada quien, para hacerse responsable, más aun, corresponsable de la salvación de todos. Mirando en particular cada grupo social que llega a la parroquia en este caso, trae consigo su experiencia de comunidad y comunión pequeña entre sus miembros, esa experiencia muy rica en signos y momentos, que involucran su entorno físico, humano y espiritual; cada pequeña experiencia (familia, trabajo, etc.) es una fuente gigantesca que se pone en contacto con otras en el encuentro comunitario y de comunión que se expresa en modo especial para el creyente católico en la celebración de la liturgia eucarística. Es así que, la creación-toda ella- celebra en la Iglesia el misterio redentor de Cristo, pues congrega en ella a los creyentes que son portadores a su vez de su realidad personal y comunitaria; la misa, es la congregación de personas que por medio del bautismo celebra “Por Cristo, con él y el él...” su sacrificio mediante un banquete glorioso de salvación, que se lleva a cabo con los frutos de esta misma tierra que todos llevamos a cuestas. La misa es entonces, el lugar perfecto en el que cada ser humano ofrece al Padre por las gracias que recibe del Hijo en la persona del Espíritu Santo, su vida, su entorno, la tierra con todo lo que en ella hay, como ofrenda agradable para poder escuchar luego en la patria celestial las palabras del Padre “Pasa al banquete de tu Señor” (Mt. 25, 23) La Eucaristía celebrada por la comunidad creyente, sacramento de salvación, es expresión de unidad y amor fraternos, valores que deben caracterizar a quien por los sacramentos ha decidido formar parte de ella, conscientes que en sus manos, como lo dice el apóstol Pablo a los corintios, lleva un tesoro en vasijas de barro (2 Cor 4,7) además de una historia ineludible que no es posible omitir o cancelar, sino que se debe apreciar, valorar y conservar con esmero, con el único objetivo de entregarla intacta a las nuevas generaciones y al hablar de historia no me refiero solo a los datos que se encuentran descritos en palabras y textos con fechas precisas, historia quiere decir también un legado, un *tesoro* que contiene en todo su esplendor la tierra, nuestra casa. Con el pasar de los años, los creyentes de todos los tiempos, se han preocupado por hacer lo propio con el fin de vivir bien y buscar el bien de

otros; la tarea hoy no es menor, tampoco es demasiado para nuestras fuerzas, es, más bien la tarea justa que nos corresponde como seres humanos y en mayor medida como seguidores de Cristo, aquel que según la escritura pasó por este mundo para hacer el bien, es decir, preocupado por el otro y el entorno, pasó promoviendo su bienestar y con su propia vida y acciones llevó al Padre eterno, hacedor de todas las cosas, nuestra naturaleza para ofrecerla como sacrificio de alabanza. Eucaristía y medio ambiente no son dos realidades que se miran por separado, más bien se unen en por el hecho sencillo que ambos implican al ser humano y en modo especial al bautizado.

Es responsabilidad del cristiano una vivencia excelsa de la Eucaristía que se vea reflejada en el bien de sus pares y de la creación; es tarea del creyente, del seguidor de Cristo, vivir de tal manera que su ser de creyente irradie de *bien* a los demás y al entorno, un seguidor de Jesús se preocupa del pobre, del necesitado, de la viuda, del huérfano, del hermano que camina y sencillamente se siente cansado o aturdido por diversas situaciones, no obstante, no puede dejar de lado las plantas, los animales, el agua, el aire, que son parte integrante e importante de la vida en el planeta. esta tierra no es únicamente una estructura creada para que los seres humanos vivan y se preocupen por su propio bien; como fruto de la Trinidad (Dios que se hace comunidad) la tierra es expresión del amor divino que abraza en ella a todo cuanto hay, el ser humano, dotado de inteligencia y de capacidades, recibe entonces del creador, el mandato de cuidar, esto implica gastar su vida y esfuerzos por hacer que la misma tierra con todas sus especies, sean transfiguradas, es decir, que dejen de ser vistas como meros recursos naturales útiles al hombre, para ser comprendidos como hermanos, como pares. Francisco de Asís, en su tiempo comprendió esto y lo expresó bellamente en su cantico de las creaturas al sentir al sol, la luna, las estrellas, los animales y todos los seres vivientes como sus hermanos, los amaba en modo entrañable; el papa Francisco en Laudato Sí, expresa lo anterior bellamente en una oración: “Dios omnipotente, que estás presente en todo el universo y en la más pequeña de tus criaturas, Tú, que rodeas con tu ternura todo lo que existe, derrama en nosotros la fuerza de tu amor para que cuidemos la vida y la belleza. Inúndanos de paz, para que vivamos como hermanos y hermanas sin dañar a nadie. Dios de los pobres, ayúdanos a rescatar a los abandonados y olvidados de esta tierra que tanto valen a tus ojos. Sana nuestras vidas, para que seamos protectores del mundo y no depredadores, para que sembremos hermosura y no contaminación y destrucción.

Toca los corazones de los que buscan sólo beneficios a costa de los pobres y de la tierra. Enséñanos a descubrir el valor de cada cosa, a contemplar admirados, a reconocer que estamos profundamente unidos con todas las criaturas en nuestro camino hacia tu luz infinita. Gracias porque estás con nosotros todos los días. Aliéntanos, por favor, en nuestra lucha por la justicia, el amor y la paz” (Francisco, *Laudato Si'*. n. 246) san Benito Abad, legó a sus monjes un lema importante *Ora et Labora*; orar y trabajar, como parte de su quehacer cotidiano; podemos aquí decir entonces que el cuidado del medio ambiente para un cristiano constituye un camino de oración y acción; *ora y procura el bien a todos y a todo*.

## 5. Capítulo III

### Una praxis eucarística. La relación Dios-hombre.

El hombre de hoy, casi del mismo modo que el de ayer, pretende hacer valer su derecho de hijo de Dios a toda costa, sin importar cuanto pueda afectar, más aun, herir a otros y al mundo, pero este deseo pretensioso no es más que una grandeza superflua pues como leeremos a continuación, de Dios recibe el ser hijo y adquiere con ello un compromiso concreto: “El ser humano está llamado a participar de la vida del mismo Dios como sacerdote, rey de la creación y profeta. Pero forma parte de su condición de criatura acoger la vida como un don y no apoderarse de ella como si fuese un derecho” (Beckhauser, 2001/2003, p. 13) la cita tomada para iniciar esta parte de la reflexión teológica, nos da cuenta, según este autor, de una realidad muy importante; la relación del hombre con la creación. Anteriormente mencionábamos algunos desafíos y responsabilidades que tiene el ser humano para con el cuidado de la casa común y el bien de los otros. Para lograr este bien de todos es indispensable el reconocimiento como regalo de Dios, los bienes, incluso el derecho que de Dios se ha recibido, aquel de cuidar la tierra y gestionarla de la mejor manera posible. Cuando nos referimos a regalo; es decir, a un don gratuitamente inmerecido que Dios tiene para con los seres humanos y la creación entera, debemos poner la mirada de inmediato en los sacramentos y en modo excelso el de la Eucaristía, que es expresión tangible del amor del Padre quien alimenta nuestra vida con el cuerpo y la sangre del Hijo por la acción del Espíritu Santo. Así pues, Dios Trino, se entrega al hombre para hacer de este un resplandor de cielo en la tierra y trasfigurar esta última por medio de sus actos.

Los sacramentos, son la forma perfecta en la que los creyentes, son sumergidos en la Divinidad de Cristo, cabeza de ese cuerpo que es la Iglesia, y es justo por medio de esta, que se hace posible acceder a ellos. Los misterios de Cristo (sacramentos) y su muerte y

resurrección son modelo para los creyentes, pues él mismo es camino, verdad, vida y cada creyente, aquel que desea seguir las sendas del maestro, saciado, más bien colmado de la gracia sacramental, en el trasegar de su existencia, experimenta desde entonces la plenitud de la gloria definitiva que se verá con mayor claridad en la eternidad por la salvación perpetuada por Cristo en el sacrificio de la cruz.

Hablar entonces de praxis eucarística es relación directa con los sacramentos de la Iglesia, no es uno solo el que debemos tomar en cuenta, puesto que los sacramentos en general, en una división más o menos jerárquica, constituyen un único misterio; Cristo mismo; así las cosas, en el bautismo, la Iglesia celebra con Cristo su pascua, es decir, su aversión al pecado y el renacimiento en la vida nueva; en la confirmación, se celebra con la Iglesia de Cristo el misterio de pentecostés, actualizándolo, viviéndolo con gran fuerza; en la Eucaristía por su parte, el seguidor del Señor Jesús, encuentra el alimento que lo hace comunión, lo hace otro y en esa alteridad, construye la comunidad eclesial; la penitencia es la oportunidad perfecta de celebrar como Iglesia, un Cristo que perdona y reconcilia, en él, el creyente se siente amado, acogido, resucitado; en la unción de los enfermos no se celebra el hecho mismo de la enfermedad como tal, recibida quizá como punición por el pecado, más bien, es la celebración de que Cristo conforta, alivia y sana; el servicio de la salvación es expresado de forma muy bella en el sacramento del orden, como continuación de la obra salvadora de Cristo por medio de sus ministros; finalmente y no como el último en el elenco de sacramentos, encontramos el matrimonio, como expresión magnífica del amor manifestado en un hombre y una mujer, un amor que da vida y se preocupa de sostenerla hasta presentarla al creador como ofrenda agradable. Los sacramentos reitero, no son una lisa como de compras, que se va alcanzando a medida que se recorren los pasillos de la Iglesia y se los encuentra en la estantería, son regalo de Dios por medio de Cristo, quien los hace presente en la comunidad creyente por la fuerza renovadora del Espíritu Santo y hacen participe a quienes los celebran de la vida divina. Estos regalos son celebrados, no meramente recibidos, es decir, se viven en la comunidad, se festejan y asumen con los compromisos que ellos conllevan y que para su efectividad en la comunidad creyente deben ser conocidos por quienes se adhieren a la fe en Cristo Jesús; no es posible, solamente recibir un sacramento como un acto de grado civil, es imperante el conocimiento pleno de lo que significa adherir a la Iglesia por medio de ellos y comprometerse con la comunidad en pro de la realización del Reino de Dios en Cristo.

Y entonces ¿Cómo nos relacionan con Dios estos signos? La Revelación es un acto de amor Divino, Dios mismo, Uno y Trino, se acerca al hombre, a sus criaturas para hacerles conocer su rostro, que como lo afirma la escritura, tiene lugar en la plenitud de los tiempos por la encarnación del amor de Dios en la persona de Cristo y por la fuerza renovadora del Espíritu, capacita a los seres humanos a un encuentro amoroso, esplendido; la filiación. La Trinidad entera viene al mundo, a todos los entornos y capacita al ser humano para ser divino en ella. Queda al hombre creyente, al bautizado que celebra en la Iglesia los sacramentos, hacer uso efectivo de esa filiación y por la asistencia de la gracia, transformar su entorno, su casa, su porción de Reino.

Digamos algo más acerca de la Eucaristía, comprendida como sacramento del camino en palabras de Beckhauser “La Eucaristía, por su parte, es la celebración de la vida en las pausas del camino, para que todo el camino se vuelva Eucaristía” (Beckhauser, 2001/2003, p. 29) palabras de gran significado para este itinerario de reflexión que busca expresar de la mejor manera, aquello que motiva al creyente en el seguimiento del Señor Jesús; Eucaristía es igual a camino, movimiento hacia algo mejor, en este caso hacia Dios. No es en sí misma un fin al que se llega luego de un proceso de catequesis mínimo, o después de una confesión más o menos bien hecha; Eucaristía es el método mediante el cual, el creyente puede acercarse a Dios, incluso, digámoslo de otra manera, es la forma perfecta en la que Dios se hace masticable y entra en el creyente para vivificar desde dentro su existencia, con un manantial que perdura hasta la vida eterna. Se recibe con los labios a aquel que con el corazón se ha confesado y profesado solemnemente. Y se lo recibe no para que entre, sino para que no se vaya, para que anide en lo profundo del ser y desde ahí lo transforme, procurando la transformación también de los otros y el mundo. Eucaristía es entonces, cena del Señor, signo de comunión y fraternidad vivida en Cristo y a su vez, es acción de gracias elevada al Padre por la fuerza del Espíritu. Todo el camino del creyente es y se configura con la Eucaristía, que impulsa, sostiene y acompaña hasta el encuentro definitivo en la casa del Padre. A este punto y como provocación surge un interrogante que encierra en torno a sí, la realidad misma de Iglesia; ¿Qué está sucediendo para que nada ocurra luego de la celebración personal y comunitaria de la Eucaristía? Y la respuesta no sería una solamente, es un número amplio de causas, que han incidido de manera negativa en la Iglesia; comunidades que lo son solo de nombre, es decir, sus relaciones no son efectivas ni mucho menos afectivas conforme al amor de Dios, están rotas y causan la proliferación de cristianos islas, que procuran el bien a su medida y acomodo en muchos de los casos. Y esto no es lo que nos enseña Jesús ni tampoco es la gracia que emana de la Eucaristía,

son meras pretensiones humanas de grandeza, que lo que logran por medio de esa hinchazón, llamada orgullo, espantar a los demás de la verdadera comunión eclesial, se inflan tanto, que logran ocupar más puestos que los que realmente necesitan, que en resumen no es ninguno; la relación con Dios no otorga un lugar especial en la comunidad, se lo dejó claro Jesús a la madre de los Zebedeos; la acción salvadora de Dios nos hace hijos, de un mismo Padre, es decir, pares entre nosotros con un compromiso y responsabilidad por el otro como parte del cuerpo del que cuya cabeza y motor es Cristo.

Llegamos, en este itinerario a reflexionar sobre lo que significa ser Iglesia y su relación con la Eucaristía, para ello remitámonos al Vaticano II “...Y porque la Iglesia es en Cristo como un sacramento, o sea signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano, ella se propone presentar a sus fieles y a todo el mundo con mayor precisión su naturaleza y su misión universal...” (Lumen Gentium n. 1) el binomio Cristo-Iglesia es la parte central de este aparatado y la cita referenciada, da cuenta de ello, puesto que nominalmente, da a la Iglesia el título de sacramento; significado profundo de su ser en la historia, pueblo de Dios y entorno de salvación. Iglesia sacramento, es entonces el espacio propio relacional por excelencia, en ella, el dialogo entre hermanos y con Dios es posible, más aun, necesario e ineludible. Dios mismo, en el Hijo, la ha querido y hecho posible por la acción del Santo Espíritu, es así que, debemos comprender la Iglesia como querer divino, no como una elaboración humana que más o menos puede funcionar con miras a realizar buenas obras; es, Voluntad de Dios y es ese mismo Dios quien llama a los creyentes, por consiguiente, es una vocación ser cristiano, ser miembro de la Iglesia. Jesús, pasa por las orillas y plazas de nuestra existencia y lo mismo que lo hizo con sus discípulos, nos llama por nombre propio y presenta un proyecto de vida, la llamada es personal, intransferible, pero la vocación a la que somos convocados no se desarrolla en soledad, se la vive con radicalidad y excelencia en la comunidad.

Una palabra mencionada hace poco, nos da una clave de lectura de la realidad del creyente y la Iglesia; radicalidad, esta, hace referencia a la raíz de un árbol grande, aquella que lo sostiene y nutre para que se mantenga en pie y su fronda sirva de sustento y techo a las especies que a él se acercan; la vida del creyente, enraizada en el terreno del mundo, obtiene los nutrientes y la fuerza necesaria de aquel que lo ha llamado; Jesús mismo. Pero el llamado del maestro no es únicamente a construir un templo vivo, va más adelante, él nos llama para compartir con nosotros, para caminar y comer con él, pero sobre todo para ser enviados; La

Iglesia es pues, discípula y misionera, recibe del maestro cuanto necesita para su crecimiento y santificación es enviada a hacer partícipes de esa salvación todas las gentes. La Iglesia, dice el Concilio “...aparece como un pueblo reunido en virtud de la unidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo” (LG n. 4) la Trinidad siempre actuante en la Iglesia misma, convoca, envía y santifica, con el único objetivo de salvar en modo especial a toda la creación, aquella que ha sido descuidada y muchas veces maltratada, a esa misma es enviada la Iglesia con la misión de hacerla participe del Reino, es decir, del plan de salvación de Dios. Un plan que es donación, entrega sincera, sin medida alguna, y sin pretensión, esta donación se hace efectiva cuando se permite a Dios actuar en ella, somos en Jesús, el Hijo eterno del Padre, un cuerpo para esta misión ratificada por el Espíritu. Nosotros, los creyentes, que hemos recibido de Dios el llamado a estar con él, lo estamos también a ser con los otros, a crear comunión, unión de todos y para todos, tal como un contingente militar, que se apresta a la batalla y en ella se cubre los flancos y las espaldas al tiempo que avanzan feroces en la lucha; así la comunidad, aquel conjunto de convocados por el Señor, estamos llamados a ser uno, como lo pide Jesús en su oración al Padre, con el único deseo que el mundo crea, y se hace posible lo anterior por un cohesión auténticamente cristiana, repleta de caridad y amor fraterno, en el que el desconocido se nos hace prójimo e incluso hermano, compañero e camino.

Pero ¿cómo es posible esta comunión? No bastan solo palabras bellas y conmovedoras, que afecten la sensibilidad de un grupo, es indispensable, más aun, fundamental el encuentro con el Señor en la intimidad de la oración. Jesús, según narra el evangelista Marcos, se apartaba para orar, aprovechaba el silencio de una noche o de una madrugada, para tener su dialogo de amor con el Padre y es justamente luego de este, que, al encontrarse con los discípulos, estos le dicen, *maestro, ¿dónde has ido? Todo el mudo te busca*, aun hoy todo el mundo busca a aquel que, como el maestro, es capaz de retirarse del frenesí del mundo, el que es capaz de silenciar sus múltiples ruidos para entrar en lo profundo de su corazón y hablar con Dios, la oración, es la clave para crear la comunión y el combustible que pone en marcha la acción de la Iglesia. Llamada, comunión, oración son el preámbulo de lo que prosigue, la misión; como Iglesia nos congregamos alrededor de Jesucristo, quién nos instruye y envía y está, a la espera del retorno para recibir con gozo los frutos de la misión realizada, pero ¿son necesarias grandes acciones? La misión en la Iglesia no se mide cuantitativamente, ni siquiera por la calidad de esta, no nos toca a nosotros, afirma el apóstol Pablo, conocer los frutos de la evangelización, como en la parábola de los talentos, debemos poner en juego nuestros esfuerzos sin omitir nada, con el propósito único de que el Espíritu acreciente la fe la Iglesia. Salimos de la comunidad,

nos ponemos de frente al mundo desde nuestra cotidianidad, desde nuestro quehacer hodierno, hecho en modo excelso, con sabor a cielo y volvemos a la comunidad para celebrar juntos y nutrirnos de la experiencia vivida, este proceso de volver, se lo hace de manera excelente mediante la celebración de la Eucaristía alimento de vida y signo de comunión en la Trinidad.

El Concilio Vaticano II pone de manifiesto lo que se refiere a la salvación, no como un acercamiento meramente humano, sino como un proceso que viene de Dios, toca al hombre y su entorno y lo transfigura acercándolo a su presencia divina. “...fue voluntad de Dios el santificar y salvar a los hombres, no aisladamente, sin conexión alguna de unos con otros, sino constituyendo un pueblo, que le confesara en verdad y le sirviera santamente” L G n. 9) confesión y servicio son dos características que nos enuncian los padres conciliares, características que hacen de quienes las posee, un pueblo; el pueblo de Dios. Confesar con los labios y el corazón que Jesucristo es el Señor, es la primera de estas, y se hace posible por un llamado, una respuesta consciente y un compromiso concreto; la confesión de Cristo, es dar testimonio con palabras y obras que el Reino de Dios es posible y la vida de todo el que cree va siendo transformada por esta confesión, pero no es solo la confesión, es importante, igualmente un servicio, una tarea concreta, que hace de esta confesión de Cristo como Señor, una realidad tangible, una experiencia realmente humana que procura aquella divina. Pero esta realidad no tiene caso sino se hace mediante el encuentro, aquel momento que pone al centro un conjunto en el que cada persona da algo de sí y toma algo de los otros, pero este encuentro solo se puede hacer efectivo entrando descalzo, sin amplios ropajes que causen molestia, además, debe hacer en punta de pies, con el fin de no dejar huellas personales en la relación con el otro y después, solo después de ese encuentro con el otro y con Dios, se puede salir igualmente con tino y cautela sin dejar rastros que hieran o al menos molesten a los otros en la relación. Como consecuencia de las relaciones sanas entre los convocados, se lleva a cabo el peregrinar, otra característica de la Iglesia, no es una comunidad, estática, pasmada, sino que es dinámica, puesta siempre en marcha, consiente que el agua de sus relaciones debe ser sacudida constantemente para que no se estanque y convierta en un pozo fétido, se requiere salir para generar frescura, para propiciar la vida. Esto es lo que hace que la comunidad, que la Iglesia sea profeta, salir de sí, ponerse en contacto con otros para anunciar la salvación, pero también para denunciar toda acción que no lleve al mundo hacia Dios.

El relato del libro del Génesis que ya hemos mencionado en otras oportunidades, en el que el mandato de Yahvé es para el hombre imperante y quizá muy claro, no lo es en el sentido

que, no procura el creador, que el ser humano se adueñe de la creación y la use a su antojo. Luego de los días de la creación, de poner en el cielo, las aguas y la tierra todas las especies, después de organizar en modo armónico, incluso los seres inanimados, Yahvé, Dios, al mirar tanta belleza, consciente de su ser de creador, provee a Edén una nueva criatura, formada también por sus manos e insuflada con su aliento de vida, con el objetivo preciso de administrar este tesoro creado. Hombre y mujer, signo de fecundidad y vida, son puestos en medio de la creación para que, con su inteligencia y la gracia de Dios, den nombre a las especies de todos los lados de Edén, especies de agua, aire, tierra y seres inertes son reconocidos por la humanidad como seres, como otros, pues han sido nombrados y así, se les ha otorgado la dignidad excelsa de creaturas del Señor. “Y Yahveh Dios formó del suelo todos los animales del campo y todas las aves del cielo y los llevó ante el hombre para ver cómo los llamaba, y para que cada ser viviente tuviese el nombre que el hombre le diera. El hombre puso nombres a todos los ganados, a las aves del cielo y a todos los animales del campo, más para el hombre no encontró una ayuda adecuada” (Biblia de Jerusalén, 2009, Gn 2, 19-20) de la misma manera que el hombre es formado por Dios, así también el resto de la creación, por tanto, no es correcto pensar al hombre como cabeza de la creación, es uno como los otros, con capacidades distintas a las otras especies y con un grado de consciencia que lo hace enviado por Dios para la correcta gestión de la creación entera. Llegamos a este punto a afirmar con Raimon Panikkar que, Dios que es Trinidad, comunidad de personas, lo es también con el hombre y con el mundo; es esto a lo que el autor mencionado llama intuición cosmoteándrica, es decir, aquella que comprende una sola realidad existente en el mundo, que acoge de manera formidable las “tres realidades” mencionadas; no es pues una visión de totalitarismo, sino más bien holística, que asume y engrana el trinomio Dios-Hombre-Mundo. así pues, lo que hemos ya dicho de la Trinidad en particular, del hombre creyente y de la creación, debemos decirlo ahora de todos en general; confluyen para crear comunidad, armonía, fraternidad. Comunidad pues, al juntar las realidades comparten un ideal, el de la salvación, el del Reino; y este Reino, se presenta como armonía relacional, como algo verdadero y bello que involucra todo; además, crea, esta dinámica relacional, la verdadera fraternidad, aquella que es posible admirar en la vivencia plena de hermanos, con Dios y la creación. No somos pues, los seres humanos, dominadores de otras realidades, ni siquiera la de Dios, a la que nos acercamos por medio de la inteligencia que de él procede; somos labradores, aquellos que, en el terreno total de la creación, ponemos nuestras manos al servicio para crear y recrear las realidades en que vivimos, con la mirada puesta en Dios. Comunidad entonces se corresponde con comunión, entendida como el acto mismo de comulgar, es decir entrar en la vivencia de la comunidad, que en este caso se hace posible en

la Eucaristía. Un momento importante de la celebración Eucariótica, es la comunión, en el que los convocados se acercan para recibir del pan consagrado como cuerpo de Cristo y que en sentido estricto es signo de asentimiento de las verdades de fe que se han leído y profesado durante la celebración. La comunión verdadera entre Dios, el hombre y la creación, se hace posible justamente en Cristo y la liturgia de la Eucaristía, pone unas palabras preciosas para ello justamente en el momento de poner agua al vino (elementos de la tierra) el ministro dice: el agua unida al vino sea signo de nuestra (humanidad) participación de la vida divina(Dios) de quien ha querido compartir nuestra condición o naturaleza humana. (*Nuevo Misal del Vaticano II*, 2001, p. 1050)

## 6. Conclusiones

La Eucaristía es sacramento de comunión, es decir, integra en ella realidades diversas, el hombre, la creación y no en menor medida la acción salvífica de Dios, que es lo que realmente representa. De lo anterior podemos entonces decir que, quien se adhiere a esta comunión por medio del sacramento eucarístico, está, necesariamente comprometido a hacerse uno con los elementos de la tierra que en la Iglesia ha comulgado. Eucaristía y praxis son entonces directamente proporcionales y necesariamente presentes en quien ha decidido escuchar la voz de Dios que lo llama a ser uno con los otros y la creación; “Para que el mundo crea” (Biblia de Jerusalén, 2009, Jn 17, 21)

Pensemos en Iglesia no como institución universal, hagámoslo más bien en lo particular, en lo que es realmente esencial y fundante; me refiero a las pequeñas comunidades. Así como en los primeros años de la era cristiana, los discípulos del Señor Jesús se reunían, ponían en común sus bienes y su vida, así mismo hoy, las comunidades creyentes: familias, grupos, pequeñas asambleas litúrgicas y sacramentales, se comprometen día a día en el cuidado del entorno, de la tierra. Y lo hacen con acciones tan sencillas como el reciclaje, mantener limpios los espacios comunes, el cuidado de los animales, de las plantas ornamentales y comestibles. Pienso que esas acciones, realizadas en lo pequeño, si se juntan con muchos otros pequeños esfuerzos en el mundo, redundarán en bien de la tierra, por consiguiente, en bien de todos.

Considero que la conciencia del daño ambiental existe, se reconoce que los cambios del clima tan abruptos que se van experimentando, los desastres y catástrofes naturales que se suceden en el mundo, son en mayor medida por un deterioro en los ecosistemas, causado por las industrias, pero sobre todo por el egoísmo humano, que ha llevado a pensar en la tierra como un supermercado, en el que fácilmente se pasa por cada sección y se toma, indiscriminadamente los elementos que se desean, pensando que otros deben de nuevo surtirlo. La tierra no es eso, no es una despensa abierta que otro debe proveer. La conciencia que hace falta es la de reconocer la tierra como el mejor de los mundos posibles, don y regalo que al tiempo es prestada y debe ser restituida, no por obligación, sino por agradecimiento a aquella porción que ha servido de sustento y techo. He vivido bien gracias a una tierra que sigue, soy yo el pasajero, por consiguiente, debo dejarla de nuevo apta para otros; no es mía, es nuestra.

Por otro lado, resalto los agentes de la obra evangelizadora dentro de la Iglesia que motivan a los cristianos a creer, esos, que en cada momento los llevan al templo para celebrar

con la comunidad los acontecimientos de la vida cotidiana; es decir, los sacramentos. Sacramentos que confieren la Gracia, pero exigen de quien los recibe unos presupuestos mínimos y un compromiso para que puedan causar el efecto que proponen: la salvación.

Ahora bien, los sacramentos son igual a la vida plenamente humana/plenamente divina, regalos de Dios por medio de Cristo quién los hace presente en la comunidad creyente por la fuerza renovadora del Espíritu Santo y hacen participe a quienes los celebran, de la vida divina. Es así que, queda claro mi compromiso como cristiano dentro de la Iglesia. Mi testimonio de vida es completamente acorde a lo estipulado por mandato Divino de Dios humanamente encarnado en Jesucristo.

Esta vida humana/divina, llevada de la mejor manera, tiene que expresarse en un deseo intenso de sanar las heridas de la tierra que “clama por el daño que le provocamos a causa del uso irresponsable y del abuso de los bienes que Dios ha puesto en ella” (Francisco, *Laudato Si’*. n. 2). No pretendo solucionar todo con mis propias manos, pero sí, puedo poner mi grano de arena, desde mi vivencia diaria, puedo contribuir a generar cambios significativos para el mejoramiento de la ecología. Actividades concretas como el impulsar el reciclaje, motivar a mis semejantes a separar y reutilizar las basuras de manera eficiente, el cuidado y valoración de las aguas, aprovechamiento de la luz natural y demás agentes beneficiosos que mejoran la calidad de vida sin perjudicar la ecología.

También resalto el sacramento de la Eucaristía como fuente y culmen, puesto que es Cristo mismo quien se sacrifica y se entrega dándonos la posibilidad de que en Él, seamos comunión. Entonces, ¿puedo sacrificarme por el bien de la Tierra? Claro que sí, lo puedo realizar, no siguiendo prototipos que la perjudiquen. Diariamente me dirijo al trabajo por medio de la bicicleta, en gran medida, es un sacrificio porque en ocasiones llueve, el clima no es favorable para manejarlo, pero me queda la satisfacción que ayudo con el medio ambiente transportándome sin necesidad de contaminar el aire.

La categoría comunión y su significado para la praxis cristiana son fundamentos claves para concientizar al pueblo de Dios puesto que, todos juntos somos herederos de la Madre Tierra identificando la importancia del compromiso socio-ambiental en relación directa con la práctica sacramental Eucarística, como expresión orante y actuante que transforma.

La expresión de la vinculación Eucaristía-compromiso y socio-ambiental contribuyen a dar sentido a la vida sacramental mediante acciones significativas para el cuidado de la casa común, en nuestro contexto latinoamericano. Este contexto es, en gran medida, sustentado con

fundamentos de la Teología de la Liberación como eje central que no es solo una visión del pobre, es más bien la dignificación del mismo y su revalorización como persona e hijo de Dios.

El Papa Francisco ha acogido significativamente la teología latinoamericana con énfasis de la teología de nuestros ancestros, centra en la Virgen su ideal de libertad y justicia ecológica resaltando la tierra como Madre; es decir, como expresión de lo materno y fraterno (Sagrado, Ecológico y Eclesial).

En consecuencia, a ello, Dios a través de la escritura y en la Palabra hecha carne, expresión más grande del amor divino, compromete al creyente a dar una respuesta de este magnífico amor. Los cristianos comprometidos con su quehacer se convierten en miembros activos del cuerpo místico de Cristo. Este, es el actuar del creyente, la tercera fase del método, la acción significativa que transforma y eleva hacia Dios la humanidad y la tierra transfiguradas. El hombre tiene a su disposición los bienes materiales con el único objetivo de encontrar paz en su propia vida.

Afirma con claridad el Catecismo de la Iglesia Católica en su numeral 1323 "Nuestro Salvador, en la última Cena, la noche en que fue entregado, instituyó el Sacrificio Eucarístico de su cuerpo y su sangre", dejando como herencia La Eucaristía, culmen y celebración universal, expresión de unidad y amor fraterno, el creyente, el cristiano bautizado, portador en sí mismo de una historia precisa, vive la Eucaristía en comunión con su entorno, de una porción de suelo, aire, agua y seres vivos con los que tiene relación directa a diario y que, desprendido de su ser de bautizado está llamado a gestionar de manera responsable.

Para finalizar, un compromiso concreto que se puede extraer de esta reflexión y que sin duda debo hacer parte de mi cotidianidad, es el del reconocimiento de la casa común, de la Tierra, como don y regalo de Dios y no como una posesión mía. El Sacramento de la Eucaristía y en él, todos los demás misterios de Cristo celebrados en la comunidad creyente, me impulsan a hacerme responsable por medio de mis acciones, del cuidado de mi entorno cercano, de mi metro cuadrado. No basta solo eso, sino que en mi rol que desempeño en la Iglesia como consagrado, estoy imperativamente comprometido a, mediante la lectura orante de la palabra y en modo especial de la catequesis, persuadir, re-evangelizar y animar a quienes, como yo, han decidido responder al llamado del Señor viviendo como cristianos, para que, como fruto de la vivencia sacramental en comunidad, seamos testimonio de un Dios que nos ama en todos y en todo.

Hagamos entonces el mayor esfuerzo posible para lograr que la existencia, esta vida terrena, sea una prefiguración de aquella divina que el Señor nos ha prometido y que nuestro testimonio de vida profundamente humana, sea e reflejo de cielo que necesita nuestra cotidianidad.

## 7. Referencias

- Arnau, R. (2007). *Tratado General de los Sacramentos* (5ª ed.). BAC. (Obra original publicada en 1994)
- Beckhauser, A. (2003). *Los Sacramentos en la Vida Diaria* (A. Aimar, Trad.). San Pablo. (Obra original publicada en 2001)
- Biblia de Jerusalén. (2009). Desclée de Brouwer
- Boff, L. *Jesucristo el liberador*. Santander: Sal terrea, 1983.
- Boff, L. (2000). *La dignidad de la tierra. ecología, mundialización, espiritualidad*. Trotta. (Obra original publicada en 1996)
- Boff, L. (s.f.). *Los sacramentos de la vida*. (2ª ed.). Sal Terrae. (Obra original publicada en 2008)
- Caamaño, J. C. (2022). *El futuro del trabajo y el cuidado de la casa común* (E. Cuda, Comp.). Poliedro. (Obra original publicada en 2022)
- Casaldáliga, P. *Espiritualidad de la liberación*. Bogotá: Paulinas, 1992
- Concilio Vaticano II. 1964. Constitución Dogmática sobre la Iglesia (Lumen Gnetium)
- Dell'Agli, N. (2012). *Lectio Divina e Lectio Humana*. EDB. (Obra original publicada en 2004)
- Floristán, C. (2005). *10 palabras clave sobre símbolos del cristianismo*. Editorial Verbo Divino. (Obra original publicada en 2005)
- Francisco, P. (2015). *Laudato Si: sobre el cuidado de la casa común*. Ediciones Paulinas.
- García Paredes, J. C. R. (1994). *Teología Fundamental de los Sacramentos*. Ediciones Paulinas.
- Grün, A. (2002). *La Celebración de la Eucaristía, unión y transformación* (J. F. Domínguez, Trad.). San Pablo.
- Grün, A. (2002a). *El Bautismo Celebración de la Vida* (P. Cervera Barranco, Trad.). San Pablo.

- Gutiérrez, G. (2005). *Teología de la liberación: Perspectivas*. Centro de Estudios y Publicaciones.
- Hobbes, T., (2014). *El Leviatán. La materia, la forma y el poder de una república eclesiástica y civil*. Fondo de Cultura Económica
- Iglesia Católica. Catecismo de la iglesia católica*. 2do. ed. Vaticano: Librería Editrice vaticana, 1992.
- Martínez Morales, V. (2009). *Medios para la Misión*. Paulinas.
- Nuevo Misal del Vaticano II* (L. M. De la Encina & A. Ríos, Presentador; P. M. Iraolagoitia & F. Novilla, Colaborador; 8a ed.). (2001). Desclée de Brouwer.
- Panikkar, Raimon. *De la Mística. Experiencia plena de la vida*. Barcelona: Herder, 2005.
- Pérez Sayago, Óscar. (2020). *Cuidar la casa común*. CIEC
- Pikaza, X. (2006). *Para comprender Hombre y Mujer en las Religiones*. Verbo Divino.
- Scannone, Juan Carlos. *Teología de la liberación y doctrina social de la iglesia*. Madrid: Cristiandad, 1987.
- Vergara, A, A.F. [y otros ocho autores] (2022). *Teologías y Casa Común*. Ediciones USTA.  
(Obra original publicada en 2022)